

¿CAMBIARÍAS ALGO?

Por

Salomé Vilariño

Salomé Vilariño

salovilarino@gmail.com

670628987

RTA-664-19

Todos nuestros sueños se pueden hacer realidad si tenemos el coraje de perseguirlos.

Walt Disney

¿Cuántas oportunidades nos brinda la vida? ¿Cuántas desperdiciamos? No es hasta caer en lo más hondo de los abismos cuando reparamos en ellas, las contamos y una fuerza alimentada por nuestros fracasos nos golpea furiosa en la boca del estómago. Y nos grita ¡Necios!

Pero a veces, la necesidad es tan mayúscula que hasta la misma muerte siente clemencia y nos ofrece otra oportunidad, ¡otras oportunidades! Las oportunidades de cambiar un aspecto de nuestro pasado. Se nos presenta así, súbitamente y sin tiempo de meditación, la mayor decisión de nuestra vida.

La heladora brisa era absorbida por uno de los cientos de callejones de la oscura ciudad de Létum, al igual que lo hacían las ratas, las cucarachas y los individuos detestables. Entre ellos, un hombre y una mujer que sobrepasaban los treinta años. El abrigo que ella llevaba colgaba del perchero de su cuello aparentemente hueco y, entre las arrugas verticales, se distinguía una delgada y horizontal que se perdía en el espantapájaros que la acompañaba. Parecían sacados de la mente de Tim Burton en un día vago. Al rebasar la línea hacia la penumbra mayor del callejón, ambos se sentaron amparados de la brisa por un contenedor de basura tan hueco como ellos.

— Prepárala. — Dijo ella y se apoyó en el hombro de su acompañante. Moviéndose levemente la nariz y cerró los ojos — Huele a tomatara.

— ¿De verdad la quieres, Pieris? Aún no te has pinchado y tu cabeza ya se ha ido. Aquí huele a muchas cosas pero a tomatara...— Él se rió sin mirarla. Había sacado de su cazadora un paquetito de aluminio y una cuchara y seguía rebuscando en los bolsillos — ¿Cuándo has olido tú una tomatara?

— En casa de mi abuela, cuando era niña. — La expresión de la mujer, Pieris, se suavizó, su voz también. Hablaba tan despacio que se entrecortaba — Una tomatara

desprende un olor tan fuerte que se puede oler a metros de distancia... Y si la rozas, el olor se impregna en la piel y la ropa... Como un frasco de colonia barata.

— ¿De las que no se van con un lavado? — La búsqueda por los bolsillos de la cazadora había concluido con éxito y ahora preparaba un chute con manos temblorosas.

Ella asintió moviendo levemente la cabeza y añadió.

— Sí, pero con un perfume agradable. — El humo del preparado narcótico la alcanzó y, a pesar de abrir los ojos y mirarlo con deseo, su expresión hacia ello era de total repulsa. Mantuvo la mirada fija, incluso cuando su compañero se pinchó — Y el sabor... Ni punto de comparación con los tomates del supermercado. — Sonrió con pillería — Mi abuela me regañaba por comerlos cuando aún no habían madurado.

— La mitad. — Él le pasó la jeringuilla y ella se remangó — El resto es para luego.

— ¿Lo has preparado todo?

— El tembleque no me dejó racionarlo. — El hombre se había derretido. La mandíbula le colgaba en sintonía con sus párpados y las palabras sonaban casi indescifrables.

— Hasta mi primer chute en la trastienda del supermercado donde trabajaba de cajera al dejar la carrera de Ingeniería agrónoma...

— Se me había olvidado que eras una chica de bien. — El hombre se rió vagamente — Si no fuera por ese chute ahora serías una mujer importante, casada, con dos hijos ¡o tres!

Pieris entendía cada palabra del hombre sin dificultad, estaba más que entrenada en descifrar su sedada vocalización.

— Importante no sé, sí que es probable que me hubiera casado, en aquella época

estaba con un tío con el que iba bastante en serio. Pero lo de los hijos... Te aseguro que no. — Se estremeció e hizo un gesto de grima — Volviendo al tema: Hasta los veintitrés años bromeaba con la idea de viajar a un lugar alejado de toda esta mierda... Hacerme con un pequeño terreno, tener una casita humilde y plantar tomatas. Las suficientes para llenar una despensa con reservas hasta la siguiente recolección.

— ¿Y ese lugar tenía nombre?

— África. — Ella misma se rió de lo absurdas que sonaban sus palabras — Qué locura, ¿verdad? Con el calor que allí hace...

— El calor es calor, lo prefiero a... — El hombre entró en sí.

— Tienes razón, cualquier cosa es mejor que esta trampa. — A pesar de la advertencia que su compañero le había hecho minutos antes, la mujer vació la jeringuilla — Trampa con una única salida.

Ella cerró los ojos.

El contenedor hueco se derritió hasta convertirse en pluma del edificio donde se apoyaba, y este se sacudió transformando cada ventana en más plumas ¡era un ala! Un ala que se desplegó al unísono con el otro edificio, que tampoco era ya edificio. Más allá no había nada y a la vez continuaba siendo la oscura ciudad de Létum, con su brisa, sus cucarachas y sus ratas, incluidos ambos edificios y el contenedor. Nada había de lógica, era como en un sueño. Las alas se unieron por sus omóplatos y de ese punto de unión surgió una silueta que no terminaba de definirse, un vacío nebuloso y luminoso. Sonó un maullido largo y el olor a tomatera se intensificó. La silueta alada menguó según descendía para tomar tierra y ante la mujer, que yacía con la jeringuilla todavía hincada en el brazo, dijo con voz susurrante:

— Pieris Brassi-Cae, te has entregado voluntariamente a mí. — Hubo una pausa

y el susurro tornó en chillido tan agudo que la mujer tuvo que taparse los oídos —
¡Criatura lamentable! ¿Para qué querría yo un alma en tal estado? ¡Lástima es lo único
que me das! — Ella lloró y el ser volvió al susurro — Lo intentarás de nuevo. Piensa y
escoge ¿cambiarías algo de tu vida que provoque un cambio en tu destino?

— El primer chute, no lo haría.

— Sea...

Una de las plumas de aquel ser se abrió como ventana que era y la mujer fue
absorbida por ella.